

Manuel Machuca

Doctor en Farmacia. Escritor



A Dios rogando

Que la Iglesia sea humilde, como un pequeño "resto", en vez de confiar en el poder y la seguridad. Que sepamos caminar codo con codo con todos los que buscan... (Oración de los fieles)

Como cristiano, me siento perseguido en España. A principios del siglo XXI, debo ocultar mi identidad confesional, porque no me hallo cómodo admitiéndola. La agresividad que percibo es tal, que prefiero algunas veces pasar de puntillas por estos aspectos tan íntimos de mi vida. Y me veo reflejado en algunos políticos cristianos, que cuando les preguntan en cualquier entrevista, abjurando de todo posicionamiento, para declarar que, al igual que el voto es secreto, la religión corresponde al ámbito de lo personal.

Me siento perseguido como en los primeros tiempos del cristianismo.

Y a estas alturas de mi vida, suficientemente aburrido, horrorizado por cualquier especie de sufrimiento, no quiero ser engullido por los leones en el circo romano.

¿Y quiénes son los leones que me quieren comer? Para mí, no tengo ninguna duda, es la jerarquía eclesiástica. Sí, me siento perseguido en este país, pero no por ningún descreído, agnóstico, abortista o adorador de otra fe diferente; me siento acosado por ellos.

En Spe Salvi (Salvados por la esperanza), la segunda carta encíclica de Benedicto XVI, el papa se refiere al declive de la religión romana, en detrimento del cristianismo: "El mito había perdido su credibilidad; la religión de Estado romana se había esclerotizado convirtiéndose en simple ceremonial, que se cumplía escrupulosamente pero ya reducido sólo a una "religión política"". Creo que este texto puede invitar a la reflexión, en referencia a lo que nuestra Confe-



rencia Episcopal parece que aspira a mantener, o desgraciadamente echa de menos de tiempos no tan lejanos.

La jerarquía, palabra que en España hace referencia a la Conferencia Episcopal, sin necesidad

Me siento perseguido como en los primeros tiempos del cristianismo



de añadirle adjetivo alguno, así es el idioma, dice que el catolicismo está amenazado en España, cuando en realidad no es la religión la que está en peligro, sino su poder político.

Gracias a Dios, dicho

con la justa sorna, los españoles no sentimos su influencia a la hora de depositar nuestro voto. Porque en estas elecciones pasadas, cuyo desenlace desconozco a la hora de escribir estas líneas, los cristianos de izquierda no

van a votar al PP por mucho que digan, ni los de derechas van a dejar de hacerlo, pero por ser de derechas, no por ser cristianos.

No obstante, sí que me gustaría hacer referencia a algunos de los aspectos en

En realidad no es la religión lo que está peligro en España, sino su poder político



los que la jerarquía eclesial ha entrado en campaña, que para mí empezó hace bastante tiempo, y no hablo de meses, sino de toda una legislatura. Y quisiera hacerlo como cristiano. Lo cual, dicho sea de paso, no me hace mejor que nadie. Creo que lo que diferencia a un cristiano de alguien no creyente es únicamente dónde pone la referencia: en un Dios que perdona, y sentirse perdonado por Él, o en el ser humano. Los que nos consideramos cristianos no somos mejores que ateos o agnósticos, ni tampoco que los que sigan otra religión como trascendencia.

Para empezar, quisiera tocar el tema del acoso a la familia cristiana, por el hecho de aceptar otras re-

alidades existentes. Realidades que, dicho sea de paso, están más que instauradas dentro de personas y familias que se consideran cristianas. No se puede hablar, como acertadamente defendió **José Joaquín Castellón**, en su artículo “Modelos de familia y fe cristiana (Grupo Joly, 4 de febrero de 2008), de un modelo de familia cristiana, sino de criterios cristianos para vivir en familia.

El Gobierno, cuyo objetivo es salvaguardar a todos los ciudadanos que viven dentro de su ámbito de influencia, tiene que ser sensible a todas esas realidades existentes, y que éstas queden dentro de una legalidad en la que ni se sientan discriminadas, ni constituyan un pe-

ligro para otras. Por tanto, es obligación del Gobierno normalizar y dotar de un marco protector a todas las formas de relación que la sociedad, y no éste, ha creado.

Pero como cristiano, una de mis cualidades debería ser la misericordia, y no creo que sea misericordioso excluir a otras realidades, no ya de las reglas de convivencia, sino de algo que entiendo, desde mis creencias, superior. Siento que es algo abominable, y por tanto, anticristiano, expulsar de mi religión a quien no está dentro de lo que se considera como única opción válida. Recuerdo a tantos cristianos divorciados, que tienen derecho a rehacer sus vidas, a parejas que no han pasado por vicaría, etc, etc. Mientras Jesucristo se relacionó con los excluidos de su sociedad y dedicó a ellos su vida, hoy es la jerarquía la que aboga por crear este tipo de escisiones.

Quiero hacer un aparte con el matrimonio homosexual, y con la homosexualidad en general. Y lo hago recordando la devoción de muchos homosexuales en mi tierra andaluza, por diversas imágenes de su religiosidad popular. Pero también quiero hacer referencia a algo que viví, en pleno apogeo de este tema en nuestro país. Por aquel entonces visité una iglesia católica de Medellín, en Colombia, acompañado por mi

Un cristiano se diferencia de un no creyente únicamente donde pone la referencia



buen amigo **Pedro Amari-les**, niño de la calle que fue y hoy destacado profesor universitario. Me impresionó la devoción de muchos homosexuales por las imágenes que allí se veneraban. No pude evitar mi indignación, al pensar que ellos sean considerados personas de segunda categoría, enfermos que dicen algunos, y que al parecer no tienen derecho a ser felices y a crecer como personas, unidos a una pareja que les ame. Dios es amor, pero parece que depende de para quién. Dicen que el problema es la palabra matrimonio, porque hace referencia a madre, y quizás habría que recordarles a los amantes de la lingüística cuántas palabras han modificado su significado, como consecuen-

cia de la evolución de la lengua, que siempre es algo vivo.

Pero ya lo que ha colmado el vaso es su intervención en campaña electoral, recomendando no votar a partidos que hayan dialogado con el terrorismo. Me parece increíble que hayan entrado en eso. Por lo que parece, es lo único que es importante para ellos. No importa la pobreza que sigue existiendo en este país, ni el problema de la inmigración y sus consecuencias, o las desigualdades sociales. Eso no es importante; lo que importa es lo otro.

Sobre el tema del terrorismo se ha escrito mucho, y no voy a repetir razonamientos defendidos por gente que sabe más que yo. Tan sólo quisiera entender que, como cris-

tiano, debo admitir el perdón por encima de todo. Perdonar es lo que nos hace personas, y no saberlo hacer nos causa heridas muy difíciles de cicatrizar. El terrorismo ha sido y es terrible, inútil, cobarde. Nos ha removido las entrañas, nos ha indignado, es denigrante, saca lo peor de nosotros mismos, y tiene un efecto retardado del que una sociedad tarda en recuperarse una generación al menos. Pero para la religión que dicen defender, el perdón, el saber perdonar al enemigo, no puede dejarse atrás, por muy doloroso que esté siendo todo, y ello a pesar de todos los que en nuestra sociedad se comportan con cobardía disfrazada de equidistancia. Ya se sabe que si la maldad se impone en el mun-

Como cristiano,
debo admitir el
perdón por
encima de todo.
Perdonar nos
hace personas

do, no es por los malos, sino por los tibios.

Resulta muy triste que en una época tan infantil y mediocre como la que vivimos, en la que predomina el “tú más que yo”, “tú fuiste antes que yo”, etc, etc, los obispos escojan ese mismo camino. La excusa de **Martínez Camino**, para hacerse obispo, siendo miembro de una congregación en la que se renuncia de forma expresa a todo tipo de cargo eclesial, salvo en tierras de promisión, es precisamente ésta, que España, por su descristianización, se ha convertido de nuevo en tierra de promisión. Patético. Y lo que hay detrás de este nombramiento es lo de siempre: garantizar que quienes manden dentro de la Conferencia Episcopal sean los mismos, aun a pesar de que haya que poner por delante a algún obispo bonachón, que no se enfrente a los de siempre.

El miedo a perder el poder es lo que atenaza a ciertos obispos, y eso les hace echarse en brazos de un partido político que, si accede al poder, tampoco les va a dar “mucho bola”.

Esta actitud de la jerarquía demuestra poca perspicacia por su parte, y da pie a la radicalización también de los discursos contrarios. Y no sólo a la radicalización, sino a que se justifiquen soflamas igualmente patéticas, que mezclan churras con merinas y que facilitan la pu-

blicación de cualquier discurso anti-eclesial, lleno de lugares comunes, pedanterías y poses propias de una izquierda poco inteligente, que tampoco nos la merecemos. Ejemplos hay, desgraciadamente, a manojos en la prensa todos los días.

Porque es, cuanto me-

miopía política propia de la época en la que vivimos.

Afortunadamente los cristianos no se mueven por lo que diga la jerarquía eclesiástica, y hoy día, la iglesia católica está más purificada que nunca, aunque esté más lejos del poder. Es más, cristiano



Afortunadamente,
los cristianos no
se mueven por lo
que diga la
jerarquía
eclesiástica

nos esquizofrénico, el hecho de que el discurso derechista de esos obispos favorezca a la izquierda, y el de los que mezclan jerarquía con religión, o Iglesia católica con Jesucristo, a la derecha. Todo un monumento al despropósito, arengado por una

es seguidor de Jesucristo, que fue condenado a morir por sus propios compatriotas cuando se dieron cuenta de que no era el libertador político que deseaban para zafarse de la ocupación romana.

La pasión de Jesucristo, he llegado tarde con

este artículo a las elecciones pero no a la Cuaresma, es la de un Dios que enseña con su muerte que la libertad del hombre está por encima de todo. No es un Dios mágico e infantil que tiene poderes que para hacerle salir del sufrimiento, sino que nos indica que la coherencia

creencias religiosas. Es decir, como dice el jesuita **Adolfo Chércoles**, “no se trata de ver al otro como un hermano, sino que el otro te vea como un hermano para él”.

Ser cristiano, en mi opinión, no es una militancia, sino un horizonte. Porque los seres humanos,

cabrón. Y esto se puede compartir con muchos otros credos religiosos, y es compatible con actitudes y valores que están fuera de cualquier creencia.

Nada está perdido, ni nada está ganado teniendo un determinado credo, o sin él. Quien piense que por el hecho de creer o militar en algo está todo dicho, es que está lleno de prejuicios.

No obstante hay que decir, en justicia de mucha gente que no aparece en los telediarios, que existe otra iglesia. Una iglesia llena de gente con fe en Jesucristo, que está implicada en movimientos sociales, parroquiales, que lucha contra la injusticia, que acompaña al que sufre, que está junto al que lo necesita, sin preguntarle si es de su mismo credo o de otro. Gente que trabaja y colabora en lugares donde nadie se atreve a ir, y movidos por unas creencias, que sí que se llevan en la intimidad porque nunca son un obstáculo para la acción.

Gente que pasa de los jerarcas, aun sabiendo que muchas veces les utilizan como coartada, gente que sabe que eres lo que haces y no lo que dices, y que nunca habría escrito este artículo. Y no porque no sepa expresarlo mejor, sino porque lo que hace es mucho, mucho más importante que lo que yo pueda decir. ■

www.manuelmachuca.com



puede llevar a la muerte. Por tanto, el cristiano debe rebelarse contra el sufrimiento de otros seres humanos, debe ser un luchador de la paz y contra la injusticia, y debe ver al otro como a un hermano, mucho más allá de su pensamiento político o

ya lo hemos demostrado bajo formas religiosas o no, somos capaces de lo mejor y de lo peor. Y no sólo como comunidad, sino como individuos. Y no pienso en nadie que no sea yo mismo, que he sido buen amigo algunas veces, y otras un verdadero

La pasión de
Jesucristo
enseña que la
libertad del
hombre está por
encima de todo